

“Por una vez, los medios de comunicación mostraron lo que estaba sucediendo realmente y la furia de aquellos a quienes les estaba sucediendo. Con un gesto terrible, limpió la opacidad de las pantallas, que se hicieron transparentes durante un breve tiempo”. Lo dice John Berger sobre el Katrina (*El País*. 25/9/2005). Lo podemos decir nosotros, espectadores conmovidos de la acción, tan lúcida y tan desesperada, de los cientos de personas subsaharianas que se jugaron la vida para sobrevivir en las vallas criminales de Ceuta y Melilla, en los días finales del pasado septiembre.

No podemos dejar que la valla de “última generación” que el gobierno va a instalar allí consiga sus objetivos políticos, el primero de los cuales es que la sociedad se sienta “protegida” por ella, que desee no ver, olvidar lo que ocurre al otro lado, que asuma su propia complicidad.

Tenemos que guardar en la memoria ese “gesto terrible”, para protegerlo de la estrategia de conformidad (no de invisibilidad, sino de convivencia rutinaria con el horror: como viene sucediendo con Guantánamo, o con las torturas que acompañan la ocupación de Irak, por poner unos ejemplos entre muchos) con la cual los poderes establecidos educan a la ciudadanía en la sumisión, en la servidumbre habría que decir mejor, (recordando el viejo libro de Capella de título profético: “*Los ciudadanos siervos*”), y las ventajas materiales asociadas a ella, en los países del Centro.

No podemos olvidar el horror y la vergüenza de esos días (“*la memoria y la vergüenza*”, dice Marcos, “*es lo que nos hace seres humanos*”).

\*\*\*

Tenemos que elegir con cuidado nuestras palabras, porque la educación servil se basa en la comunicación, en hacernos hablar con las palabras dominadas por quienes nos someten. Por eso hay que decir palabras obvias que apenas se escuchan, por ejemplo, *personas subsaharianas*; cada día en los informativos de la SER, libro de estilo de la corrección política progresista, escuchamos normalmente “ilegales subsaharianos”. Por eso hay que evitar las palabras bélicas (*asalto, invasión...*) o minerales (*avalancha...*) con la que los políticos y los medios, suavizándolas a veces con algún complemento verbal compasivo, nos transmiten la idea de “amenaza” y buscan la reacción de la protección, de la seguridad por encima de todo. Por eso hay que reconocer en la *acción* de los miles de personas subsaharianas que huyen de sus países y buscan llegar a Europa no sólo la desesperación, sino también la lucidez. Saben que si llegan no encontrarán ningún paraíso, que les instalarán en el peldaño mas bajo de la escala social, que sólo tendrán acceso a empleos y viviendas ínfimas, que no tendrán ni siquiera la débil esperanza de mejora de los inmigrantes africanos que llegaron a Europa en los años 60. A pesar de todo, el intento de emigrar es un proyecto de supervivencia lúcido en los países subsaharianos. Más lúcido que esperar cualquier mejora de su situación en el marco del neoliberalismo. Más lúcido que creerse las promesas de cooperación del G8, de la Unión

Europea o del gobierno español. Por eso, por lucidez no por desesperación, lo seguirán intentando a cualquier precio.

\*\*\*

“Valla asesina”, “valla canalla”, “valla de la muerte”... Así la hemos llamado. Podemos llamarla también “valla de las civilizaciones”: la “alianza de las civilizaciones”, caballo blanco de la política exterior española, ha quedado retratada entre los jirones de ropa, las montañas de zapatos, la sangre seca en las alambradas (el ministro del Interior las ha definido técnicamente como “concertina de cuchillas” (EP, 7/10/2005), entre los restos apilados de las escaleras pacientemente construidas con ramas de árboles (las han llamado “primitivas”, pero son obras artesanas hechas para buscar la vida, son sus “barricadas” y cada peldaño está lleno de energía humana, está hecho con los mismos sentimientos que forjan todas las rebeldías, también las nuestras).

\*\*\*

No olvidemos pues cada acto, cada palabra de este gobierno. No olvidemos, por ejemplo, que el 29 de septiembre, el mismo día de la matanza, el presidente del Gobierno, “expresó el más firme apoyo a la actuación de Marruecos en los trágicos incidentes registrados en estos días en las fronteras de Ceuta y Melilla, que tendió a atribuir, paradójicamente, a los buenos resultados de la política de inmigración de su Gobierno. Quiero trasladar a los medios de comunicación y a la opinión pública que Marruecos y España tienen el mismo interés en evitar la inmigración clandestina” (EP, 30/09/2005). No olvidemos a los ministros de Asuntos Exteriores y de Interior, que en su comparecencia parlamentaria del 6 de octubre se vanagloriaron de los éxitos obtenidos en el reenvío inmediato a Marruecos de los inmigrantes que conseguían saltar la valla y de que sus resultados eran mejores que los del gobierno Aznar (EP, 7/10/2005). No olvidemos al Rey que, según el ministro de Interior marroquí “intercedió ante Mohamed VI para que aliviase la presión sobre Ceuta y Melilla (...) En tres ocasiones, nos dijo: ayúdenos para que el flujo disminuya. Contestamos sí a España” (EP, 13/10/2005).

Cuando el 8 de octubre, una denuncia de Médicos sin Fronteras, cuyo trabajo en este drama merece reconocimiento y muestra el sentido político (aunque ellos rechacen este calificativo) que debe tener la acción humanitaria, reveló el tratamiento de exterminio que daba el gobierno de Marruecos a las personas subsaharianas que el gobierno español le había entregado, se intentaron tapar hipócritamente estas decisiones, cuyas consecuencias nadie podía desconocer, con pretendidas exigencias a Marruecos sobre “derechos humanos”. La cínica respuesta del ministro de Exteriores marroquí dejó las cosas en su sitio: “No señalen con el dedo a los que trabajan para garantizar la seguridad de la UE”.

En realidad, el gobierno de Marruecos sabe que los gestos de “señalarle” con el dedo son pantomimas para salvar las apariencias. Sabe que el gobierno español se mueve en la Unión Europea, en estrecha alianza con el gobierno francés, para lo que llaman “nueva política de vecindad”, precisamente definida por un anónimo funcionario responsable del asunto: “No hace falta que las cifras sean espectacu-

lares. Bastaría con que cambiara el destino de un 3 o un 5% del dinero afectado (para políticas migratorias) a fin de dedicarlo ayudar a Marruecos en la formación de policías o la repatriación de inmigrantes” (EP. 25/10/2005). Si no espectaculares, las cifras que se manejan para empezar no son insignificantes: unos cuarenta millones de euros que permanecían bloqueados, cuando aún había ciertas reservas hacia la política represiva del gobierno marroquí, ahora redimida de sus pecados. En realidad, la política de la UE hacia Marruecos, encabezada por Francia y España, es una prueba cristalina de las ideas de David Harvey sobre la remodelación espacial que acompaña la expansión del nuevo imperialismo.

\*\*\*

La seguridad es costosa, ya se sabe. No olvidemos tampoco el precio de la valla ultramoderna que se está instalando en Ceuta y Melilla (las anteriores eran “tercermundistas” según portavoces del Ministerio del Interior. Nada que ver con las nuevas, estrictamente “primermundistas”: “Una valla metálica de última generación, dos metros de alto y dos metros y medio de ancho, formadas por una serie de barras clavadas en el suelo y unidas por una red de cables en forma de laberinto. (...) contará con sensores de movimientos y torres con difusores para rociar gases lacrimógenos” (EP. 5/10/2005). El coste previsto es de unos 26 millones de euros, aproximadamente nueve veces la cantidad (tres millones de euros) que el gobierno decidió destinar el 30 de septiembre para la atención “humanitaria” a los “ilegales subsaharianos” en Ceuta y Melilla.

No olvidemos, por favor, nada de esto. Lo que se ha hecho y cómo se ha hecho. Porque se ha hecho con la imperturbable buena conciencia autosatisfecha de la política exterior del gobierno Zapatero, que se considera ungida a perpetuidad por la retirada de las tropas de Irak, reserva espiritual que se va invirtiendo, sin que a nadie le tiemble la mano, en los apoyos a Bush en Afganistán, a Putin, a Uribe, a Sharon, o a Mohamed VI.

\*\*\*

Pero no nos olvidemos tampoco de mirar a nuestro alrededor y de mirarnos a nosotros mismos. Recordemos, por ejemplo, cómo Eduardo Mendoza, que “sustituye” a Vázquez Montalbán en la columna de cierre de los lunes en *El País* (y las distancias políticas y morales entre uno y otro son significativas del signo de los tiempos), escribía el 3 de octubre: “La televisión difunde imágenes de un famélico tropel al asalto de Melilla. Los que logran salvar la alambrada corren por las calles sin saber qué hacer ni a donde ir. Uno no quisiera estar en la piel de las fuerzas del orden. A los pequeñoburgueses que seguimos la escaramuza desde el comedor, los asaltantes nos dan un poquito de miedo. Son jóvenes, fuertes, negros andrajosos y con cara de pocos amigos. No faltan razones para asustarse del fenómeno”. (EP. 3/10/2005). No es mal diagnóstico del estado de la “sociedad civil”. Permite entender por qué el 30 de septiembre, las calles de nuestras ciudades no estuvieron llenas de gentes indignadas contra la barbarie que se había perpetrado el día anterior en las vallas. Permite entender por qué ese 30 de septiembre fue como un 15-F al re-

vés, por qué ha costado tanto esfuerzo organizar las modestas acciones solidarias que han existido.

Que yo sepa, sólo Javier Ortíz se ha atrevido a denunciar esta cobardía colectiva: *“Estamos consternados; no sorprendidos. Para mi, al menos, no ha supuesto ningún descubrimiento constatar que la presunta solidaridad de la ciudadanía española hacia las desgracias ajenas es un mito. Si se dijera que aquí la caridad funciona bastante bien, lo aceptaría. Es cierto que se lleva dar de vez en cuando alguna limosna para los pobres, como antes se hacía el Día del Domund. Pero siempre que se trate de pobres que no alteren la tranquilidad de nuestro cómodo tipo de vida europeo. En cuanto se sospecha que se trata de pobres que pueden estorbarlos y traernos problemas, lo que predomina es el rechazo. Y el alivio, si es el Gobierno el que se encarga de materializar ese rechazo”* (javierortiz.net). A su manera, la Coordinadora española de ONGD confirma el diagnóstico: su primer comunicado sobre estos acontecimientos fue hecho público el 11 de octubre, trece días después de la masacre, y estaba envuelto en algodones (*“el fenómeno de la inmigración no puede abordarse en exclusiva desde una perspectiva de seguridad nacional”*). Sin embargo, un documento ampliamente difundido de una organización miembro de la Coordinadora, Médicos sin Fronteras, mostraba ya desde el 1 de septiembre el significado concreto de las políticas de “seguridad nacional”: sus equipos habían hecho 2.544 *“intervenciones médicas”* en los últimos dos años motivadas por *“lesiones y secuelas de violencia (...) procedentes de fuerzas y cuerpos de seguridad de ambos países”*, el 18% de las cuales fue responsabilidad de las fuerzas de “seguridad” españolas. Por su parte, Gaspar Llamazares el día 30, rindió también tributo a la “seguridad”, y limitó sus críticas al gobierno, con sordina como siempre, a la decisión de emplear al Ejército en la vigilancia de fronteras, que sería *“inaceptable”* porque convierte este problema *“civil de carácter humanitario, de seguridad y cooperación internacional en un conflicto militar”*. (EP. 30/09/2005). Y si el coordinador general actúa así, no es extraño que el orden del día de una asamblea sectorial de IU, convocada el 4 de octubre, no incluyera la menor referencia a los trágicos hechos ocurridos apenas una semana antes.

\*\*\*

La memoria debe ser sobre todo memoria activa y organizada: por eso ahora son especialmente necesarias, y admirables, las organizaciones que mantienen viva la lucha, la denuncia y la solidaridad, en Madrid, en Barcelona, en Andalucía...

Estabilizar, y por tanto apoyar, nodos de alerta y movilización para la solidaridad con las y los inmigrantes, los que ya lo son y los que, a pesar de todo, luchan por serlo, capaces de mantener despiertos y activos a organizaciones y movimientos, que puedan responder con rapidez ante las agresiones que permanecen y las que vendrán, que tengan el coraje para criticar, desenmascarar, pedir cuentas a los responsables, impedirles “mirar a otro lado”, es la contribución mínima que tenemos que dar. Por eso, la mejor noticia de todos estos días, la más esperanzadora, es la caravana solidaria que, a comienzos de noviembre, llegó hasta la valla de Ceuta (“Tumba la valla”

decía unas de las pancartas, expresando sólo un deseo remoto, pero también la única acción decente que se puede hacer con ella) para rendir homenaje a quienes allí fueron tratados como bestias, asesinados.

Necesitamos esa esperanza. Tanto como necesitamos indignación. La indolencia posmoderna ha diluido la capacidad de indignarnos, de actuar por dignidad, por la que se niega a otras personas y por la que nos niegan a nosotros mismos, tratándonos como cómplices vergonzantes o como imbéciles o, quizás finalmente esto sea lo peor, como militantes de la *real-politik*, del “esto es lo que hay y peor sería que volvieran los otros”. Pues claro que sería peor, pero ¿nadie ha notado que después de los hechos de septiembre hay más racismo en el ambiente, se escucha con más fuerza en las calles, en el metro, en el mercado la basura xenófoba, la “negrofobia”, como la llama nuestro amigo Mbuyi Kabunda?

Hay un conflicto frontal, permanente, en nuestras sociedades entre solidaridad y xenofobia; cuando la solidaridad se debilita o no se muestra con fuerza, no se moviliza, no se la ve en la calle, no ejerce su función de salud pública, la xenofobia crece en sus múltiples manifestaciones y por todas las rendijas. No puede haber duda de quien la rentabilizará política y electoralmente.

Ojalá que estos acontecimientos nos hayan hecho recuperar la energía de una esperanza indignada.

